

te con la muchedumbre, y por los estravios mismos de la sabiduría.

Tal era la sociedad romana; sus generaciones estaban ya maduras, y los Bárbaros se presentaban como los segadores que vienen de provincias remotas á cortar nuestras yerbas y nuestras mieses: los cristianos y los paganos iban á caer en los sulcos segun el peso de su valor respectivo. El hombre aficionado á los goces de la vida, no veía como se acercaban el Franco, el Godo y el Vándalo, sino con los ojos del terror que le inspiraba la muerte; mientras que el anacoreta, el sacerdote y el obispo buscaban los medios de amansar á los vencedores, y de convertir las calamidades públicas en agentes para alistar nuevos soldados en las banderas de Cristo.

ESTUDIO SEXTO.

PRIMERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

CUANTO pueda hallarse más variado, extraordinario y feroz en las costumbres de los salvajes, se presentó á los ojos de Roma: vió, primero por grados, y despues repentinamente, en el corazón y en las provincias de su imperio, hombres de escasa estatura, flacos y atezados, ó una especie de gigantes con los ojos verdes (1), los cabellos rubios lavados con agua de cal, frotados con manteca ágría ó con cenizas de Fresno (2); desnudos los unos y adornados con collares, anillos de hierro y brazaletes de oro; los otros cubiertos con pieles, sayos, anchas bragas y túnicas estrechas y pintarrajeadas (3): otros, ademas, con la cabeza cargada con cascos hechos en figura de hocicos de bestias feroces (4); otros con la cara y el colodrillo rasos (5), ó ostentando largas barbas y bigotes. Los unos esgrimiendo á pié mazas, macetas, martillos, armas arrojadas de dos ganchos, hachas de dos filos (6), hondas, flechas armadas con huesos agudos (7), redes y tiras de cuero (8), espadas cortas y largas; y los otros cabalgando sobre altos caballos cubiertos de hierro (9), ó yeguas feas y ruines, pero rápidas como las águilas (10). En las llanuras los Bárbaros peleaban desparamados (11), ó formados en punta (12), ó agrupados en masa: en los bosques se encaramaban á los árboles, objetos de su culto, y peleaban (13) llevados en hombros y en brazos de sus dioses.

Apenas bastarian numerosos volúmenes para describir las costumbres de tantos pueblos.

Los Agathirsos, como igualmente los Pictos se manchaban el cuerpo y los cabellos con color azul; las gentes de clase inferior le pintaban con motas escasas y pequeñas, mientras que los nobles las llevaban grandes y unidas (14).

Los Alanos no cultivaban la tierra: alimentábanse con leche y carne de los ganados, y andaban vagando en sus carros de corteza, de desierto en desierto. Cuando sus ganados habian consumido todos los pastos de los contornos, colocaban las tiendas que les servian de ciudades sobre sus carros, y marchaban á plantarlas á otra parte (15): el sitio donde se paraban era su nueva patria (16). Los alanos eran altos y hermosos; tenian la cabellera casi rubia, y habia en sus miradas un no sé que de terrible y suave al propio tiempo (17). No conocian la esclavitud, porque todos descendian de origen libre (18).

Los Godos, que eran como los Alanos, de raza escandinava, se asemejaban á los postreros; pero se habian entregado menos á las costumbres eslabas, y propendian más á la civilizacion. Apolinario ha des-

crito un consejo de godos ancianos. «Conforme á su antigua costumbre, reúnen sus ancianos al salir el sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No puede verse sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos; y las pieles con que se visten apenas les bajan á las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta (19).» Y ¿para qué se habian reunido aquellos godos? Para indignarse, de que un vándalo hubiese tomado á Roma, y para elegir un emperador romano!

El Sarraceno, asi como el Alano, era nómada; montado en su dromedario, vagando por las soledades sin límites mudando á cada instante de tierra y de clima, su vida no era sino una fuga (20).

Los Hunos parecieron horribles á los mismos Bárbaros: miraban con horror á aquellos ginetes de cuello grueso, mejillas acuchilladas, rostro ennegrecido, aplastado y sin barba, cabeza en figura de bola, con agujeros mas bien que ojos (21); la voz aguda y el aspecto salvaje. La fama los pintaba en Roma como unas bestias de dos piés, ó como las efigies disformes que colocaba la antigüedad en los puentes (22). Suponia-seles un origen digno del terror que inspiraban; pretendiase que descendian de ciertas hechiceras llamadas *Aiorumna*, que expulsadas de la sociedad por el rey de los Godos Felimer, se habian juntado en el desierto con los demonios (23). Los Hunos, diferentes en todo de los otros hombres, no usaban el fuego ni viandas preparadas: alimentábanse de yerbas silvestres y de carnes medio crudas, puestas un instante entre sus muslos, ó calentadas entre la silla y el lomo de sus caballos (24). Llevaban atadas al cuello sus túnicas de tela colorada y de pieles de turon, las que no se quitaban hasta que caian hechas pedazos (25). Sepultaban la cabeza en gorros redondos de piel, y sus velludas piernas en una especie de cañones de piel de cabra (26). Hubiérase dicho que estaban clavados en sus caballos pequeños y mal formados, pero incansables. Muchas veces se sostenian en ellos sentados á mugeriegas, y allí trataban de negocios, deliberando, vendiendo, comprando, bebiendo, comiendo, durmiendo sobre el cuello angosto del animal, y entregándose profundamente á toda clase de ensueños (27).

Los Hunos sin morada fija, sin hogar, sin leyes y sin hábitos domésticos, vivian errantes en los carros que habitaban. En estas chozas móviles las mujeres se hacian sus vestidos, se entregaban á sus maridos, parian y daban de mamar á sus hijos hasta la edad de la pubertad. En aquellas generaciones ninguno podia decir de donde provenia, porque habia sido concebido lejos del lugar de su nacimiento, y educado mas lejos todavia (28). Este modo de vivir en carruajes con ruedas, estaba en uso en muchos pueblos y principalmente entre los francos. Mayoriano sorprendió una horda de aquel pueblo. «La comarca vecina resonaba con el estruendo de una boda: los enemigos celebraban bailando á manera de los Escitas, el himeneo de un mancebo de rubia cabellera. Despues de la derrota se hallaron los preparativos de la errante fiesta; las ollas, los manjares de los convidados, todo el festin quedó prisionero, y las odoríferas coronas de flores.... El vencedor se apoderó del carro de la desposada (29).»

Sidonio es un testigo muy notable de las costumbres de los Bárbaros cuya invasion presenciaba. «Me hallo, dice, en medio de los pueblos de luenga cabellera, obligado á oír el lenguaje del Germánico, y á aplaudir con un gesto forzado el canto del ébrio Borgones con los cabellos untados con manteca aceda.... Felices vuestros ojos, felices vuestros oídos que no los ven ni los oyen! dichosa vuestra nariz que no aspira diez veces por mañana el olor pestífero del ajo y de la cebolla (30).»

No todos los Bárbaros eran igualmente brutos: los Francos, confundidos hacia largo tiempo con los Romanos, habian adoptado parte de su limpieza y de su elegancia. «Su jóven gefe caminaba á pié en medio de los suyos; su vestido de escarlata y de seda blanca estaba recamado de oro; y su cabellera y su tez participaban del esplendor de la púrpura. Sus compañeros iban calzados con pieles de animales, guarnecidas con sus propios pelos: llevaban las piernas y las rodillas desnudas; los ropajes pintarrajados de aquellos guerreros subian muy altos, ajustaban las caderas y apenas llegaban á las pantorrillas; sus mangas no pasaban del codo. Por debajo de este primer vestido se veía una especie de saya de color verde, guarnecida de escarlata y despues como un manto forrado y sujeto por un broche (31). Las espadas de estos guerreros colgaban de un cinturón estrecho, y sus armas les servian tanto de adorno como de defensa: llevaban en la mano derecha picas de dos ganchos ó hachas arrojadas, y ocultaban el brazo izquierdo bajo un escudo con adornos de plata y con la abolladura dorada (32).» Tales eran nuestros padres.

Sidonio llegó á Burdeos y encontró al lado de Eurico, rey de los Visogodos, á diversos bárbaros que sufrían el yugo de la conquista. «Aquí se presenta el Sajon con los ojos azules; firme en las ondas, y que vacilaba en la tierra. Aquí el viejo Sicambro, con el colodrillo rapado, echando hácia atrás, desde que le han vencido, los cabellos que nacen sobre su cuello envejecido: aquí vagaba el Héruo con las mejillas verdosas que labraba el fondo del Océano, y disputaba su color al alga; aquí el Borgones, que tiene siete piés de alto, mendigaba la paz doblando la rodilla (33).»

Acostumbraban generalmente los Bárbaros beber la cerveza, el agua, la leche y el vino en el cráneo de los enemigos. Cuando salian vencedores entregábanse á mil actos feroces: las cabezas de los Romanos rodearon el campo de Varo, y los centuriones fueron degollados en los altares de la divinidad de la guerra (34); y si quedaban vencidos volvian su furor contra sí propios. Los compañeros de la primera liga de los Cimbrós, á quienes derrotó Mário fueron hallados en el campo de batalla atados unos á otros; habian querido imposibilitarse para retroceder y verse en la necesidad de morir. Sus esposas se armaron con espadas y hachas: ahullando, rechinando los dientes de rabia y de dolor, herian á Cimbrós y á Romanos, á los primeros por cobardes y á los segundos por enemigos; y en medio de la pelea cogian las espadas cortantes de los legionarios con las manos desnudas, les arrancaban los escudos y se hacian dar la muerte. Vióseles sangrientas, desmelenadas, vestidas de negro, subidas en los carros, matar á sus maridos, á sus hermanos, á sus padres, á sus hijos; ahogar á los recién nacidos, arrojarlos á los piés de los caballos, y traspasarse á puñaladas. Una de ellas se ahorcó de la punta de la lanza de su carro, despues de haber atado del cuello á sus dos hijos, uno de cada pié. A falta de árboles para lograr el mismo suplicio, los cimbrós vencidos se ponian un lazo corredizo al cuello, ataban el extremo de la cuerda del lazo á las piernas ó á los cuernos de sus bueyes, y estimulando á la yunta, con el aguijón, aquellos labradores de nueva especie se abrian la tumba (35).

Tan terribles costumbres se hallan de nuevo entre los Bárbaros del siglo v. Su grito de guerra hacia palpar el corazón del Romano mas intrépido, y los Germanos lanzaban este grito sobre el borde de sus escudos aplicados á sus labios (36): ya he dicho que el sonido del cuerno de los Godos era célebre.

No obstante la semejanza y diferencia de hábitos, aquellos pueblos se distinguian los unos de los otros por los matices del carácter. «Los Godos eran enganosos, pero castos, dice Salviano; los Alemanes im-

púdicos, pero sinceros; los Francos mentirosos, pero hospitalarios, y los Sajones crueles, pero enemigos de la voluntuosidad (37).» El mismo autor hace tambien el elogio de la honestidad de los Godos, y principalmente de la de los Vándalos. Los Taifalos, poblacion de la Dacia, pecaban por el extremo contrario; obligaban á los mancebos á casarse por medio de un contrato con los hombres, consumiéndose la flor de su juventud en tan execrables uniones, y no podian librarse de semejantes incestos sino despues de haber muerto un jabali ó un oso (38).

La sed del oro devoraba á los Hunos, pérfidos en las treguas: entregados al instinto de los brutos, no conocian límites entre la honestidad y la deshonestidad. Oscuros en su lenguaje, libres de toda religion y de toda supersticion, ningun respeto divino les encadenaba. Cólericos y caprichosos, separábanse en un mismo dia de sus amigos, sin que los hubiesen irritado con una sola palabra, y volvian á ellos sin que hubiesen procurado calmarlos (39).

Algunas de estas razas eran antropófagas. Un sarraceno velludo y desnudo hasta la cintura, lanzando un grito ronco y lúgubre, se precipitó con espada en mano sobre los Godos, llegados al pié de las murallas de Constantinopla despues de la derrota de Valente; aplicó sus labios á la garganta del enemigo que habia herido, y chupó la sangre, mientras le miraban horrorizados los espectadores (40). Los Escitas de Europa mostraban ese mismo instinto propio del huron y de la hiena (41): San Gerónimo vió en las Galias á los Atticotas, horda de Bretones, que se alimentaban de carne humana y que cuando encontraban en los bosques piaras de puercos y otros ganados, cortaban los pechos á las pastoras, y las partes mas carnosas á los pastores, porque era para ellos un festin delicioso (42). Los Alanos arrancaban la cabeza del enemigo vencido, y cubrian los caballos con la piel de su cadáver (43). Los Budinos y los Gelones se hacian tambien vestidos y caparazones de caballo con la piel de los vencidos (44), cuya cabeza se reservaban (45). Los mismos Gelones se cortaban las mejillas; un rostro acuchillado, presentando heridas que tuvieran costras lividas y una cresta roja, era entre ellos el honor supremo (46).

La independencia componia el fondo del Bárbaro, como la patria componia el fondo del Romano, segun la expresion de Bossuet. Ser vencido ó encadenado, parecia á estos hombres de batallas y de bosques cosa mas insufrible que la misma muerte; reirse en el momento de espirar era la señal distintiva del héroe. Sajon el gramático, dice de un guerrero: «cayó, se rió y murió (47).» Las lenguas germánicas tenian un nombre particular para designar á los entusiastas de la muerte: el mundo debia ser la conquista de unos hombres tan extraordinarios.

En su edad heroica las naciones enteras son poetas: los Bárbaros sentian la pasion de la música y de los versos, y su musa se desperfaba en los combates, los festines y los funerales. Los Germanos celebraban á su dios Tuiston (48) en cánticos antiguos: cuando se movian para dar la carga, entonaban en coro el Bardito, y por la manera mas ó menos vigorosa con que resonaba este himno, presagiaban el éxito futuro del combate (49).

Entre los Gálos, los Bardos estaban encargados de transmitir á la posteridad el recuerdo de las cosas dignas de alabanza (50).

Reliere Jornandés que en la época en que escribia, oia repetir todavia á los Godos los versos consagrados á su legislador (51). En el banquete real de Atila, dos gépidos celebraron las hazañas de los antiguos guerreros, y sus cánticos de gloria en la mesa, animaron con un enternecimiento marcial el rostro de los convidados. Los ginetes que ejecutaron en torno del feroz del héroe tártaro una especie de torneo fúnebre,

cantaban: «Aquí yace Atila, rey de los Hunos, engendrado por su padre Mundzuch. Vencedor de las más fieras naciones, reunió bajo su poder la Escitia y la Germania, lo cual no había conseguido nadie antes de él. Ambas capitales del imperio romano temblaban al oír su nombre: aplacado con su sumisión, contentóse con hacerlas tributarias. Atila, favorecido del destino hasta su postrer aliento, ha terminado sus días, no á manos del hierro enemigo, ni de la traición doméstica, sino sin dolor y en medio de la alegría. ¿Hay muerte más dulce que la que no exige venganza alguna (52)?»

Un manuscrito original de la abadía de Fulda, que ahora se halla en Cassel (53), ha salvado casualmente de la destrucción el fragmento de un poema teutónico, que reúne los nombres de Hildebrando, Teodosio, Hermaurico, Odoacro y Atila. Hildebrando á quien su hijo no quiere reconocer, exclama: ¿qué destino es el mio! He errado fuera de mi país sesenta inviernos y sesenta estíos, y ahora es preciso que mi propio hijo me tienda muerto con su hacha, ó que sea yo su asesino.»

El Edda (La abuela), compendio de la mitología escandinava, los Sagga, ó las tradiciones históricas de los mismos países; los cantos de los Escaldas, transcritos por Sajon el Gramático, ó conservados por Olaf Wormsins en su *Literatura rúnica*, presentan una multitud de ejemplos de estas poesías. He dado en otra parte una imitación del poema lírico de Lodbrog, guerrero escalda y pirata. «Hemos combatido con la espada..... Las águilas y las aves de pies amarillos, lanzaban chillidos de alegría..... Las vírgenes han llorado largo tiempo..... Deslizanse las horas de la vida: sonreiremos cuando hayamos de morir (54).» Otro canto sacado del Edda se expresa con la misma energía y la propia ferocidad.

Hogni y Gunar, dos héroes de la raza de los Nibelungos, caen prisioneros de Atila. Dicen á Gunar que revele dónde existe el tesoro de los Nibelungos, y que rescate su vida con el oro.

El héroe responde.

«Quiero tener en mi mano el corazón de Hogni, sacado destilando sangre del pecho del valeroso héroe, y arrancado con un puñal embotado del seno de ese hijo del rey.

Arrancaron el corazón de un cobarde que se llamaba Hialli; le pusieron sangriento aun en un plato, y se lo presentaron á Gunar.

«Entonces Gunar, aquel jefe del pueblo, cantó: veo aquí el corazón sangriento de Hialli; no es como el corazón de Hogni el valiente: tiembla en el plato donde le han colocado, y temblaba aun más cuando estaba dentro del pecho del cobarde.

«Cuando arrancaron el corazón de Hogni de su pecho, se rió: el guerrero valeroso, ni aun pensó en quejarse. Pusieron su corazón sangriento en un plato y lo llevaron á Gunar.

«Entonces este héroe ilustre, de la raza de los Nibelungos, cantó: Aquí veo el corazón de Hogni el valiente: no se parece al corazón de Hialli el cobarde: tiembla muy poco en el plato donde le han puesto, y temblaba aun menos cuando estaba en el pecho del valiente.

«Porque no te veré, ¡oh Atli! (Atila) tan lejos de mis ojos como lo estarás siempre de nuestros tesoros! En mi poder está ya para siempre el tesoro oculto de los Nibelungos, porque Hogni no vive ya.

«Deborábame incesante inquietud cuando vivíamos ambos; ahora nada temo, porque estoy solo (55).» Resplandece en el último rasgo una ternura sublime.

Este carácter de la poesía heroica primitiva existe lo mismo entre todos los pueblos bárbaros: encuéntrase en el iroqués que precedió á la sociedad en los bosques del Canadá, del mismo modo que en el griego

convertido en salvaje, que sobrevivió á la sociedad en las montañas del Pindo, donde solo había quedado la musa armada. «No temo la muerte, decía el iroqués, y me río de los tormentos. ¿Que no pueda devorar el corazón de mis enemigos!»

«Come, ave (es una cabeza la que habla á un águila en la enérgica traducción de M. Fauriel); come, ave; cómete mi juventud; hártate con mi valor, y tus alas crecerán una vara, y tus uñas un palmo (56).»

Las leyes mismas estaban bajo el dominio de la poesía. Un hombre de un talento raro para la historia, Mr. Thierry, ha observado muy ingeniosamente que las primeras líneas del prólogo de la ley sálica, parecen ser el texto literal de una canción antigua; las traduce así con un estilo vigoroso y noble.

«La nación de los Francos, ilustre, que tiene á Dios por fundador, poderosa en las armas, enérgica en los tratados de paz, profunda en los consejos, noble y robusta de cuerpo, dotada de singular blancura y belleza, osada, ágil y diestra en el combate, convertida hace poco á la fe católica, libre de herejías; buscando por inspiración de Dios la llave de la ciencia, según la naturaleza de sus cualidades, cuando profesaba todavía una creencia bárbara; deseando la justicia y conservando su piedad. En tal época fue dictada la ley sálica por los jefes de esta nación, que en aquel tiempo estaban á su cabeza.....

«Viva Cristo que ama á los Francos! «Que guarde su reino..... Este es aquel pueblo, que, pequeño en número, pero valeroso y fuerte, sacudió de su cabeza el duro yugo de los Romanos.»

Abundaban las metáforas en los cantos de los escaldas: los ríos eran el sudor de la tierra y la sangre de los valles; las flechas son las hijas del infortunio; el hacha es la mano del homicida; las yerbas la cabellera de la tierra; la tierra es la nave que flota sobre los siglos; el mar el campo de los piratas, y un bajel es su patín ó el caballo de las olas.

Los Escandinavos tenían además algunas poesías mitológicas. «Las diosas que presiden los combates, las hermosas Walkiriaz, estaban á caballo, cubiertas con su casco y escudo. Vamos, dijeron, y crucemos con nuestros caballos esos mundos entapizados de verdura, que son la morada de los dioses.»

Fiaban también á la memoria los primeros preceptos morales puestos en verso. «El huésped que se presenta en vuestra morada ¿tiene frias las rodillas? dadle un sitio en el hogar. No hay cosa más inútil que beber demasiada cerveza: el ave del olvido canta delante de los que se embriagan y les roba el alma. El gloton come su muerte. Cuando un hombre enciende fuego, la muerte entra en su morada antes de que se apague aquel fuego. Alabad la hermosura del día cuando haya pasado. No os fieis ni del hielo de la noche, ni de la serpiente que duerme, ni de los trozos de la espada, ni de un campo recientemente sembrado.»

Finalmente, los Bárbaros conocían también los cantos de amor. «Yo me bati en mi juventud con los pueblos de Devostheim, y maté á su monarca, ¡óven aun y sin embargo, una doncella de Rusia me desprecia.

«Sé hacer ocho ejercicios: me sostengo firme en el caballo, nado, corro patines, arrojé el venablo, manejo el remo, ¡y me desprecia no obstante una doncella de Rusia (57).»

El uso de los himnos guerreros continuó algunos siglos después de la conquista del imperio romano: las derrotas producían lamentos latinos, cuyo tono revelan varias veces los manuscritos antiguos; Angelberto flora la batalla de Fontenay y la muerte de Hugo, bastardo de Carlo-Magno. Era tal el furor de la poesía, que se encuentran versos de todos los metros hasta en los diplomas de los siglos viii, ix y x (58). Un canto teutónico conserva el recuerdo de un triunfo conseguido sobre los Normandos en el año de 884 por Luis,

hijo de Luis el Tartamudo. «He conocido un rey, llamado el señor Luis, que servía á Dios con todo su corazón, porque Dios le recompensaba..... Asíó la lanza y el escudo, montó rápidamente á caballo, y voló á vengarse de sus enemigos.» Nadie ignora que Carlo-Magno mandó formar una colección de los antiguos cantos de los Germanos (59).

La crónica sajona da en verso la narración de una victoria conseguida por los Ingleses contra los Daneses; y la historia de Noruega el apoteosis de un pirata de Dinamarca muerto con otros cinco jefes de corsarios sobre las costas de Albion (60).

Los marineros normandos celebraban por sí mismos sus correrías: uno de ellos se explicaba á sí: «He nacido en el alto país de Hormega entre pueblos diestros en manejar el arco: mas he preferido izar mi vela, espanto de los labradores de la playa. He lanzado también mi batel por medio de los escollos, lejos de la morada de los hombres.» Y este escalda de los mares tenía razón, puesto que los Daneses descubrieron á Vineland ó la América.

Estas rimas militares terminan en la canción de Orlando, que fue el último cántico de la Europa bárbara. «En la batalla de Hastings dice admirablemente el gran pintor de la historia que acabo de citar.» un normando llamado Taillefer, lanzó su caballo al frente de la línea de batalla, y entonó el canto de las hazañas de Carlo-Magno y de Orlando, célebres toda la Galia. Mientras cantaba, manejaba la espada, lanzábala al aire con fuerza, y la recibía en su mano derecha: los Normandos repetían sus estribillos ó gritaban: ¡Dios nos ayude! ¡Dios nos ayude (61)!»

«Wace nos refiere el mismo hecho en distinta lengua. «Taillefer, que cantaba muy bien montado en el caballo, que corría presuroso, caminaba delante de ellos cantando á Carlo-Magno, y á Orlando, y á Oliveros y á los vasallos que murieron en Roncesvalles.»

En la batalla de Poitiers cantaron también esta balada heroica, que debería encontrarse en el romance de Orlando y de Oliveros, de la biblioteca de los reyes Carlos V, VI y VII (62).

Los Bárbaros entonaban sus poesías nacionales al son del píñano, del tambor y de la gaita: los Escitas en la alegría de los festines hacían resonar la cuerda de su arco (63); usábanse en las Galias la cítara ó la guitarra (64), y el arpa en la isla de los Bretones: había tres cosas que no podían embargarse por deudas á un hombre libre del país de Gales: su caballo, su espada y su arpa.

¿En qué lenguas se escribían ó cantaban todos estos poemas? Las principales lenguas eran la céltica, la eslava, la teutónica y la escandinava: difícil es averiguar á qué raíz pertenecía el idioma de los Hunos. El oído delicado de los Griegos y de los Romanos, no distinguía en las conversaciones de los Francos y de los Tártaros mas que graznidos de cuervos (65); ó sonidos inarticulados, sin relación alguna con la voz humana (66); pero cuando triunfaron los Bárbaros, preciso fue entender las órdenes que el señor dictaba al escudo. Sidonio-Apolinar felicita á Syagrius porque se expresa con pureza en la lengua de los Germanos.

«Ríome, dice el pueril literato, al ver á un bárbaro que teme cometer, delante de vosotros, un barbarismo en su lengua (67).» El cánón cuarto del concilio de Tours, ordena que cada obispo traduzca sus sermones latinos á las lenguas romana y tudisca (68). Luis el Piadoso mandó traducir en versos teutónicos la Biblia; y sabemos por Loup de Ferrieres que en el reinado de Carlos el Calvo, enviaban á los frailes desde Ferrieres á Pruyem para que se familiarizasen con la lengua germánica (69). Diéronse á conocer en la misma época los caracteres de que se servían los Normandos para conservar la memoria de sus canciones: llamábanse aquellos caracteres *runstabath*, que son letras rúnicas; las unieron á las que Ethico había in-

ventado en tiempo anterior, y en cuyos signos había explicado San Gerónimo.

La palabra usada en los bosques es desde su nacimiento una palabra completa para la poesía: bajo el punto de vista de las pasiones y las imágenes y de genera cuando llega á perfeccionarse. El hombre pierde en imaginación lo que gana en inteligencia; encadenado en la sociabilidad, se asusta el entendimiento de toda expresión independiente, y pierde su carácter libre y audaz. No hay nada tan vivo como el griego de Homero, á pesar de hacer largo tiempo que pasó con Ulises y Aquiles: no son las lenguas primitivas las que mueren, sino el ingenio que ya no existe para hablarlas y entenderlas.

Nos quedan algunos monumentos de las lenguas de nuestros antepasados, y nos vemos obligados á confesar que eran mas dulces y armoniosas en su edad heroica, que al presente en su edad varonil. Ulfilaz, obispo de los Godos, tradujo á su idioma patrio en el siglo iv, los Evangelios, que habiéndose conservado hasta nuestros días, se han impreso con glosas y eruditos comentarios (70). Si comparamos el teutónico de Ulfilaz con el teutónico del juramento de Carlos y de Luis, tal como Nitbard (71) nos le ha trasmitido, y con el teutónico del canto de victoria de Luis, hijo de Luis el Tartamudo (72), hallaremos que á medida que nos acercamos al alemán moderno, se hace la pronunciación mas áspera y difícil. Las palabras del idioma de Ulfilaz acaban con suma frecuencia en vocales, y principalmente en la vocal *a*: *wisandona* (existencia), *Gotha* (Dios), *waldusfaja* (potencia), *godamma* (bueno), etc. Este godo tiene mucha semejanza con el escandinavo del fragmento manuscrito de Fulde, y del canto de Gunar, copiado del Edda (73).

No se encuentran siquiera en el *fac simile* del texto de Ulfilaz las letras que según dicen se vió obligado á inventar para reproducir la pronunciación de sus compatriotas: nótese tan solo algunas ligaduras griegas mezcladas á los caracteres latinos; pero que no presentan en su agregación el mismo poder labial, lingual y gutural que expresan en griego. Según cierto pasaje de Herodoto un sistema plausible señala á los pueblos de la Filandia y de la Gothia un origen asiático: supónese que descienden de una colonia de Medos, y se han encontrado analogías entre la lengua de los Persas y la de los Suevos y Daneses. Algunos nombres propios, particularmente, han parecido los mismos en ambos idiomas: el *Gustaff* ó *Gustav* de los Suecos, corresponde á *Gustaspe* ó *Hystaspe* de los Persas; *Oten*, *Olstanus*, *Ostanus*, reyes de Suecia, tienen los nombres persas *Ostanu*, *Olstanes* y *Ostanes*. Gibert (74) hubiera debido observar en apoyo de su sistema (tan difundido y reproducido en el día), que el Edda menciona un pueblo conquistador, venido de Asia á las regiones septentrionales del Báltico. El sabio Roberto Henri, ministro de la comunión calvinista en Edimburgo, ha enriquecido su *Historia de Inglaterra* con distintos *specimen* de los dialectos bretones y anglo-sajones de diferentes épocas: el cuadro puesto al fin de este tomo da una idea de las lenguas que hablaban los destructores del mundo romano.

Pasemos á la religión de los Bárbaros. Los historiadores nos dicen que los Hunos no tenían ninguna (75), y observamos únicamente que creían como los Turcos en una especie de fatalidad. Los Alanos, á la manera de los pueblos de origen céltico, reverenciaban una espada desnuda, clavada en tierra (76). Los Galos tenían su terrible *Dis*, padre de la noche, á quien inmolaban ancianos sobre el *dolmin* ó la piedra druidica (77); y los Germanos adoraban el horror secreto de los bosques (78). La religión de estos pueblos era tanto mas sencilla cuanto mas complicada era la de los Escandinavos.

El gigante Imer fue muerto por los tres hijos de

Bore; Orin, Vil y Ve. La carne de Imer formó la tierra, su sangre el mar y su cráneo el cielo (79). El sol no sabía entonces donde estaba su palacio, la luna ignoraba su fuerza, y las estrellas no conocían el sitio que debían ocupar.

Otro gigante llamado Noru fue el padre de la Noche. Esta, casada con un hijo de la familia de los dioses, dió á luz al Día. Colocaron al Día y á la Noche en el cielo en dos carros, conducidos por dos caballos: Hrim-Fax (crines heladas), conduce á la Noche; las gotas de su sudor forman el rocío; Skin-Fax (crines luminosas), guía al Día (80). Bajo cada caballo hay un odre lleno de aire que produce la frescura de la mañana.

Un camino ó un puente conduce de la tierra al firmamento: tiene tres colores y se llama arco-iris. Se romperá cuando los genios malos, después de haber atravesado los ríos de los infiernos, pasen á caballo este puente.

La ciudad de los Dioses está situada debajo de la encina Igg-Drasil (81), que da sombra al mundo: hay en el cielo varias ciudades.

El dios Thor es hijo mayor de Odin; Tyr es la divinidad de las victorias. Nueve vírgenes engendraron á Heindall el de los dientes de oro: Loke es el urdidor de engaños: el lobo Feuris es hijo de Loke (82); habiendo sido encadenado con dificultad por los dioses, saltó de su boca una espuma que se convirtió en manantial del río Nam (los vicios).

Las diosas guerreras ascienden á doce, y la principal es Frigga; llámense Walkirias: Gardur, Rosta y Skulda (el porvenir), la más joven de las doce hadas, va todos los días á caballo á escoger los muertos (83).

Hay en el cielo un gran salón, el Valhalla, en donde son recibidos los valientes cuando termina su vida: el salón tiene quinientas cuarenta puertas, y por cada una de ellas salen ochocientos guerreros muertos para batirse con el Lobo (84). Aquellos valerosos esqueletos se entretienen en romperse los huesos y comen en seguida juntos; beben la leche de la cabra Heidruna que paca las hojas del árbol Locrada (85). Su leche es agua miel: todos los días llenan un cántaro bastante grande para embriagar á los héroes muertos. El mundo perecerá en un incendio.

Encuéntrense en el culto de ciertos bárbaros magos hadas, profetisas y dioses desfigurados, tomados de la mitología griega. Lo sobrenatural es la naturaleza misma del entendimiento del hombre. ¿Hay acaso cosa más admirable que ver á los Esquimales reunidos en torno de un brujo encima de su mar sólido, en la entrada misma de ese paso tan largo tiempo buscado, y que una barrera eterna de hielo cerraba al navio del intrépido capitán Parry (86)?

Descendamos de la religión de los Bárbaros á sus gobiernos.

Parece que estos gobiernos fueron en general una especie de repúblicas militares, cuyos gefes eran electivos ó pasajeramente hereditarios por efecto de la ternura, de la gloria ó de la tiranía paterna. Toda la Europa antigua del paganismo y de la barbarie no conoció más que la soberanía electiva: la soberanía hereditaria fue obra del Cristianismo: soberanía que solo se estableció por una especie de sorpresa, dejando dormir el derecho á la par del hecho.

La sociedad natural presenta las mismas variedades de gobierno que la sociedad civilizada: el despotismo, la monarquía absoluta, la monarquía moderada, la república aristocrática ó democrática (87). Muchas veces también han imaginado las naciones salvajes formas políticas de una complicación y de una astucia prodigiosas, como lo prueba el gobierno de los Hurones. Algunas tribus germánicas, con la elección del rey y del gefe de la guerra, creaban dos autoridades soberanas, independientes la una de la otra; lo

qual ciertamente era una organización sorprendente.

Los pueblos venidos del Oriente de Asia diferían en constitución de los pueblos que habían salido del Norte de Europa; la corte de Atila presentaba el espectáculo del serrallo de Estambul ó de los palacios de Pekin; pero con una diferencia notable: las mujeres se presentaban públicamente entre los Hunos: Maximino fue presentado á Cerea, principal reina ó sultana favorita de Atila: estaba recostada sobre un diván, y sus damas bordaban sentadas en círculo sobre los tapices que cubrían el pavimento. La viuda de Bleda había enviado á los embajadores un presente de hermosas esclavas.

Los Bárbaros que en varios usos particulares se parecían á los salvajes que he visto en el Nuevo-Mundo, se diferenciaban esencialmente de ellos bajo otros puntos de vista. Un centenar de Hurones, cuyo gefe enteramente desnudo llevaba un sombrero de tres picos galoneado, servían en otro tiempo al gobernador francés del Canadá: ¿se les podría comparar á esas tropas de raza eslava ó germánica, auxiliares de las legiones romanas? Los Iroqueses en la época de su mayor prosperidad, no armaban más de diez mil guerreros: solo los Godos ponían, como un sobrante de su conscripción militar, un cuerpo de cincuenta mil hombres al sueldo de los emperadores; y en los siglos IV y V las legiones enteras se componían de Bárbaros. Atila reunía bajo sus banderas setecientos mil combatientes, número que apenas podría suministrar en el día la nación más populosa de Europa. Figuran también en los cargos del palacio y del imperio los Francos, los Godos, los Suevos y los Vándalos: alimentar, vestir y equipar á tantos hombres, solo puede hacerlo una sociedad que haya hecho progresos en las artes industriales: el hecho de tomar parte en la civilización griega y romana supone un desarrollo considerable de inteligencia. La extravagancia de los usos y costumbres no destruye el anterior aserto, porque el estado político de un pueblo puede estar muy adelantado, y conservar sin embargo los individuos de este mismo pueblo los hábitos del estado de la naturaleza.

Conociase la esclavitud entre todas aquellas hordas amotinadas contra el Capitolio: este derecho horrible, emanado de la conquista, es no obstante el primer paso de la civilización: el hombre enteramente salvaje mata y se come á sus prisioneros, y únicamente cuando tiene una idea del orden social, les deja la vida para emplearlos en sus trabajos.

Los Bárbaros conocían la nobleza lo mismo que la esclavitud: tan solo por haber confundido la especie de igualdad militar que nace de la fraternidad de las armas, con la igualdad de las clases, se ha podido dudar de un hecho enteramente averiguado. La historia prueba de un modo irrecusable que existían diferentes rangos sociales en las dos grandes divisiones de la sangre escandinava y caucásiana. Los Godos tenían sus Ases ó semi-dioses; y dos familias dominaban á todas las demás, los Amalis y los Baitos.

El derecho de primogenitura era ignorado de la mayor parte de los Bárbaros, y costó mucho trabajo á la ley canónica hacérselo adoptar. No solo subsistía entre ellos la herencia en partes iguales, sino que algunas veces, reputando por más débil al menor de los hijos, le concedían ventajas en la sucesión. «Cuando los hermanos se han repartido los bienes paternos, dice la ley gálica, el más joven obtiene la mejor casa, los instrumentos de labranza, la caldera de su padre, su cuchillo y su hacha (88).» Lejos de estar en vigor el espíritu de lo que se llama ley sálica en la verdadera ley sálica, la línea materna era llamada antes que la línea paterna en las herencias y en los negocios que de ellas resultaban. No tardaremos en ver un ejemplo al hablar de la pena del homicidio (89).

El gobierno seguía la regla de la familia; el rey al morir dividía su sucesión entre sus hijos, salvo el consentimiento ó la ratificación popular: la ley política no era en su sencillez sino la ley doméstica.

En muchas tribus germánicas la posesión era anual; propietarios de lo que cultivaban, volvían las tierras después de la cosecha á la comunidad (90). Los Galos extendían el poder paterno hasta sobre la vida de sus hijos: los Germanos no podían disponer sino de su libertad (91). En el país de Gales el Peuceddl ó gefe del clan, gobernaba todas las familias (92).

Las leyes de los Bárbaros, separándolas de lo que el Cristianismo y el Código romano introdujeron en ellas, se reducen á las leyes penales para defensa de las personas y de las cosas. La ley sálica habla del robo de cerdos, de caballerías, de carneros, de cabras y de perros, desde el lechón hasta la puerca que marcha á la cabeza del ganado, desde el ternero hasta el toro, desde el cordero recién nacido hasta el carnero, desde el cabrito hasta el macho cabrío, y desde el perro conductor de jaurias hasta el del pastor. La ley gálica prohibía tirar una piedra al buey uncido al arado, y apretarle demasiado el yugo (93).

La ley protege principalmente al caballo, y condena á una multa de quince hasta treinta sueldos de oro al que ha montado un caballo ó una yegua sin el permiso del dueño. El robo del caballo de un franco, de un caballo capon, de un caballo entero y de sus yeguas obliga á una considerable indemnización (94). La caza y la pesca tenían sus garantías; señalábanse retribuciones por una tórtola ó un pajarillo libertados de los lazos en que hubiesen caído; por un halcón cogido en un árbol; por la muerte de un ciervo domesticado que servía para atraer á los ciervos salvajes; por el robo de un jabalí acosado por otro cazador; por el de la caza ó de la pesca ocultas; y por el hurto de una barca ó de una red de pescar anguilas. Disposiciones especiales protegían toda especie de árboles: velar por la conservación de los bosques (95) era hacer leyes en favor de la patria.

La asociación militar ó la responsabilidad de la tribu y la solidaridad de la familia se encuentran en la institución de los co-jurandos ó compurgadores: si acusaban á un hombre de una falta ó de un crimen, podía según la ley alemana y otras muchas, librarse de la pena, si hallaba cierto número de iguales suyos que juraran que estaba inocente. Si el acusado era una mujer, los compurgadores debían ser mujeres (96).

Siendo la valentía la principal cualidad del bárbaro, se castigaba toda inuria que suponía falta de valor: por consiguiente llamar á un hombre *LEPUS liebre* ó *CONCACATUS, ciscado*, obligaba á una indemnización de tres hasta seis sueldos de oro (97); y la misma tarifa regia por la reconvencción hecha á un guerrero de haber arrojado su escudo en presencia del enemigo.

La barbarie se manifiesta en toda su desnudez en la legislación de las heridas: la ley sajona es la que descende á más pormenores sobre este punto: cuatro dientes rotos delante de la boca no costaban más que seis chelines, pero un solo diente roto detrás de los cuatro anteriores valía cuatro chelines; la uña del dedo pulgar estaba tasada en tres chelines, y una de las membranas de la nariz tenía el mismo valor (98).

La ley ripuaria se expresa con más nobleza: exigía treinta y seis sueldos de oro por la mutilación del dedo que sirve para lanzar las flechas (99): manda que un nigénuo pague diez y ocho sueldos de oro por la herida de otro nigénuo, cuya sangre haya llegado á tierra (100). Compénsase con treinta y seis sueldos de oro una herida en la cabeza ó en otra parte, si saliese de la herida un hueso capaz de producir un sonido arrojado contra un escudo, que deberá colocarse

á doce piés de distancia (101). El animal doméstico que mataba á un hombre había de entregarse á los parientes del muerto con una indemnización: lo mismo sucedía con el trozo de madera que caía sobre un transeunte. Los Hebreos tenían también reglamentos semejantes.

Y sin embargo aquellas leyes, tan violentas en las cosas que describen, son mucho más suaves en realidad que las nuestras; únicamente se pronuncia la pena de muerte cinco veces en la ley sálica y seis veces en la ley ripuaria, siendo una cosa muy digna de notarse, que nunca se pronuncia, excepto en un solo caso para castigar el asesinato: el homicidio no exige la pena capital, mientras que se castigan con ella el rapto, la prevaricación, y la falsificación de algún título ó privilegio, quedando aun para todos estos crímenes ó delitos el recurso de los co-jurandos.

El procedimiento relativo al único caso de muerte en reparación del homicidio es un cuadro de costumbres. El que hubiese quitado la vida á un hombre, y no tuviese con qué pagar la indemnización, ha de presentar doce co-jurandos, los cuales declaren que el delincuente no posee nada, ni en el país ni fuera de él, sino lo que ofrece para compensar el homicidio.

En seguida el acusado entra en su morada y toma tierra con la mano en los cuatro extremos de la casa: vuelve á la puerta, se mantiene en pié en el dintel con el rostro vuelto hácia el interior de la habitación: después por encima de sus hombros, derrama la tierra sobre su pariente más cercano. Si su padre, su madre y sus hermanos han abandonado cuanto tenían echá la tierra sobre la hermana de su madre, ó sobre los hijos de esta hermana, ó sobre los tres parientes más cercanos en la línea materna (102). Hecho esto, descalzo y en camisa, salta con la ayuda de una vara larga por encima del cercado que hay en torno de su casa, y entonces los tres parientes de la línea materna tienen que encargarse de pagar lo que falta á la suma en que se han convenido. A falta de parientes maternos son llamados los paternos. El pariente pobre que no puede pagar tira á su vez la tierra recogida en los cuatro extremos de la casa sobre el pariente más rico: si este pariente no puede completar el importe de la suma, el demandante obliga al asesino á comparecer ante cuatro audiencias sucesivas: finalmente, si ninguno de los parientes de este último quiere redimirle le dan muerte; *de vita componat*.

De estas precauciones multiplicadas que adoptaban para salvar los días de un culpable, resulta que los Bárbaros trataban la ley como tiranía, y se precavían contra ella; no haciendo caso alguno de su vida ni de la de los demás, consideraban como un derecho natural el matar ó ser muertos. El rey mismo en la ley de los Sajones, podía ser muerto, lo cual se compensaba pagando setecientas veinte libras de plata. El Germano no concebía que un ser abstracto, una ley, pudiera derramar su sangre. Así, en el principio de la sociedad, el instinto del hombre rechazaba la pena de muerte, del mismo modo que en la sociedad perfecta la abolirá la razón: de manera que esta pena habrá sido establecida tan solo en el intermedio del estado puramente salvaje, y del estado completo de civilización; ó lo que es lo mismo, cuando la sociedad no tenía ya la independencia del primer estado, ni había llegado todavía á la perfección del segundo.

SEGUNDA PARTE.

CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

Los guías de las naciones bárbaras eran casi tan extraordinarios como ellas. En medio de la conmoción social, Atila parecía haber nacido para espanto del